

*En torno a los orígenes del
desastre de 1898
La primera gran ocasión
perdida: Prim*

No hace mucho recordaba pertinentemente Julián

**JAVIER
RUBIO***

análogamente, que en contra de lo que habitualmente se viene admitiendo, el desastroso final de Cuba no tiene —política y/o militarmente— su origen en la insurrección final que se inicia en 1895 con el grito de Baire, sino que se remonta, casi tres decenios atrás, a cuando la Guerra de los Diez Años, la que se inicia en Yara en 1868, muestra inequívocamente al Gobierno español, en el plano interno, que Cuba no puede seguir siendo gobernada como hasta entonces y, en el plano exterior, que la ya gran potencia norteamericana está plenamente decidida a incorporarla a la órbita de su directa influencia.

Parece pues oportuno ahora, próximo el centenario del *desastre*, reflexionar sobre la actitud de los gobiernos que pudieron, y debieron, afrontar desde entonces tan ineludible reto. Y, también, estimular la investigación sobre estas páginas de nuestra historia, ya que parece como si la humillación producida por la contundente y costosa derrota de fin de siglo, hubiera desviado subconscientemente la atención de nuestros historiadores hacia

«Cabe también decir, análogamente, que en contra de lo que habitualmente se viene admitiendo, el desastroso final de Cuba no tiene — política y/o militarmente— su origen en la insurrección final que se inicia en 1895 con el grito de Baire, sino que se remonta, casi tres decenios atrás, a cuando la Guerra de los Diez Años, la que

*Embajador de España.

otros derroteros menos amargos; lo que por entonces, en el siglo XIX, señalaba agudamente el propio Cánovas, como historiador, en relación con el efecto que había producido en la precedente historiografía la pérdida de Portugal para la Corona Española.

La reflexión que me propongo llevar a cabo tiene una motivación muy sencilla.

Todos sabemos que desde que se produjo la insurrección de Baire en 1895 la dinámica hacia la independencia del pueblo cubano resultó imparable, por lo que resultaron tardías en inoperantes las concesiones autonómicas que se hicieron en 1897. También conocemos —si bien sobre ambas cuestiones han de hacerse aún no pocas matizaciones— que la importante, aunque quizá insuficiente, ley de reforma administrativa de las Antillas propuesta por Maura en 1893 no prosperó, ya que finalmente Maura, que no era sino el ministro de Ultramar, se vio forzado a dimitir de su cartera. Ante estos frustrados intentos del último decenio del siglo pasado, resulta obligado formular las dos preguntas siguientes: 1. ¿Es que no hubo ningún estadista que, desde la cima del poder, vio a tiempo la gravedad de la que, en la época, se llamó *pavorosa* cuestión de Cuba, e intentó abordarla a fondo? y 2. Los destacados gobernantes que tuvo España en el último tercio del siglo XIX y que no dieron ninguna respuesta coherente con la gravedad y perentoriedad del reto cubano, cuando aún era tiempo, ¿por qué actuaron tan irresponsablemente?.

He aquí las dos preguntas medulares a las que me propongo responder en tres artículos. El primero, el actual, concierne a la gran oportunidad que supuso el gobierno de Prim en 1869-1870. En el segundo se expondrá la nueva, y última, oportunidad que representó el gobierno de Martínez Campos en 1879. Y en el tercero analizaré las razones de la ceguera política ante la cuestión antillana del gran gobernante de la Restauración, de Cánovas⁽¹⁾.

El enfoque clarividente de Prim del problema antillano. Cuando en junio de 1869 Serrano es promovido a Regente y se nombra a Prim presidente del Consejo de Ministros, la jefatura del Gobierno español pasa, por vez primera en el siglo XIX, a ser desempeñada por un gobernante que conoce muy bien cuál es la naturaleza del problema antillano en sus dos dimensiones fundamentales, la interna y la internacional. Pues si de la importancia de la primera, la colonial, había algún otro distinguido general y político que, habiendo desempeñado también alto mando en las Antillas, había tomado conciencia de ella, de la segunda, de la dimensión internacional, que era la que representaba un mayor

«También conocemos — si bien sobre ambas cuestiones han de hacerse aún no pocas matizaciones— que la importante, aunque quizá insuficiente, ley de reforma administrativa de las Antillas propuesta por Maura en 1893 no prosperó, ya que finalmente Maura, que no era sino el ministro de Ultramar, se vio forzado



(1) Estos artículos anticipan, en una breve síntesis, lo que exponemos en los capítulos IV, XII y XIV de la obra *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos en el reinado de Alfonso XII. Los orígenes del “desastre” de 1898*, de próxima aparición. En los referidos capítulos se precisa la apoyatura documental de la investigación que he llevado a cabo para obtener las novedosas conclusiones que ahora presento.

peligro a corto plazo, solamente Prim la había percibido a tiempo en toda su plenitud. La certera llamada de atención que hizo en el Senado de 1862 sobre la necesidad de no enojar a la nueva gran potencia norteamericana, entonces todavía desgarrada por la incierta Guerra de Secesión, es una prueba irrefragable de ello.

El conde de Reus no es, empero, tan sólo un general, y un político, con singular experiencia del problema antillano cuando llega a la cima del poder en 1869. Ya antes había manifestado Prim, en el puesto de especial responsabilidad que le correspondió en la expedición anglofranco-española de México, que tenía la talla de un auténtico estadista. En sus dos dimensiones esenciales: la clarividencia del desarrollo de los acontecimientos futuros, y la energía personal suficiente para tomar las decisiones, aunque fueran difíciles e impopulares en su momento, que exigía esa previsión. Esta última cualidad quedó patente en su nada fácil resolución de reembarcar el cuerpo español expedicionario en la primavera de 1862, lo que constituye, sin duda, una página conocida de nuestra Historia. En cambio ya no lo es tanto, incluso entre historiadores, la clarividencia con la que entonces previó el desarrollo posterior de los acontecimientos en México. Por ello deseo recordar la olvidada carta que escribió Prim a Napoleón III el 17 de marzo de 1862 desde Drizaba. Una carta que por el rigor de su análisis, y por la exactitud de las predicciones, constituye una pieza que debería figurar en toda antología de textos políticos de nuestro siglo XIX.

Con estos antecedentes se comprende bien que cuando llega Prim a la presidencia del Gobierno a mediados de 1869, no deje de abordar el problema cubano que, desde unos meses antes, ha devenido más espinoso y apremiante con la insurrección de Yara. En los siguientes apartados veremos, en sus líneas esenciales, las iniciativas que adopta Prim a este respecto. Antes, empero, deseo hacer dos observaciones sobre esta singular página de la Historia de España.

La primera se refiere tanto a su valentía política, por el alcance de la iniciativa que toma, como a la tenacidad con la que la mantiene. Pues Prim, que ha comprendido que España no está en condiciones de seguir manteniendo a Cuba entre sus posesiones ultramarinas, está dispuesto, con o sin los buenos oficios del poderoso gobierno de Washington, a conceder a la isla no solamente una autonomía similar a la del Canadá, sino hasta la plena independencia. Y, en cuanto a su tenacidad, baste precisar que el problema de Cuba le ocupa constantemente, desde que llega al gobierno —incluso antes de ser nombrado presidente— hasta el final, hasta su asesinato a fines de 1870.

«Ya antes había manifestado Prim, en el puesto de especial responsabilidad que le correspondió en la expedición anglo-franco-española de México, que tenía la talla de un auténtico estadista. En sus dos dimensiones esenciales: la clarividencia del desarrollo de los acontecimientos futuros, y la energía personal suficiente para tomar las decisiones, aunque fueran difíciles e impopulares en su momento, que exigía esa previsión.»



El tratamiento que ha dado la historiografía a esta clarividente política de Prim es la segunda observación. Tan sólo ha habido un historiador que supo desvelar y valorar dicha política. ¿Habrá que decir que no era español? Es un cubano: Emeterio Santovenia. En España, unos decenios más tarde, un relevante historiador español, Melchor Fernández Almagro, se hizo eco, aunque imperfectamente, de lo expuesto por Santovenia. Pero la tónica general sigue siendo todavía entre nosotros la de ignorar la política cubana de Prim o, lo que es peor aún, la de aceptar más o menos conscientemente las interesadas desfiguraciones, y acusaciones, de la historiografía americana. Lo escribo con sonrojo.

Las negociaciones de 1869.

Estas negociaciones se desarrollan fundamentalmente en Madrid en el verano de 1869 entre el ministro de los Estados Unidos en España, Daniel Sickles, y el propio Prim, ya presidente del Gobierno. Su origen es la noticia que le llega al secretario de Estado norteamericano, Alian Nevins, de que Prim, convencido de que Cuba habrá de perderse para España, está dispuesto a concederle la independencia en determinadas condiciones. La primera propuesta concreta de concesión de independencia de la isla la formula Nevins, como mediador entre los españoles y los insurrectos cubanos, a fines del mes de junio. Eso sí, después de haber obtenido una discreta, pero tranquilizadora, luz verde de Inglaterra.

Desde entonces Washington y Madrid debaten las condiciones en las que se debe conceder la independencia. Deposición previa de armas por los insurrectos o simple armisticio, indemnización cubana garantizada o no por el Gobierno norteamericano, y otros aspectos menores son posturas diferentes entre ambas partes. Pero las conversaciones siguen, e incluso los puntos de vista empiezan a aproximarse. Sin embargo, a principios de septiembre el representante norteamericano presenta en Madrid una nota que equivale a un ultimátum para el mantenimiento de la mediación de Washington. El gobierno de Madrid reacciona con más emotividad que reflexión. A fines de dicho mes las negociaciones con los Estados Unidos han llegado a su fin.

El principal motivo de este infortunado final es la decisión del gobierno de Grant de fijar un perentorio plazo al Gobierno español para resolver las diferencias. Decisión que toma el Presidente norteamericano a causa, principalmente, de la patética intervención que hizo el general Rawlins, secretario de Guerra, en la reunión del gabinete de 31 de agosto. Una grave equivocación. El propio Sickles, representante de los Estados Unidos en Madrid, y de ningún modo admirador de España ni de sus gobernantes, reconocería años más

«Prim, que ha comprendido que España no está en condiciones de seguir manteniendo a Cuba entre sus posesiones ultramarinas, está dispuesto, con o sin los buenos oficios del poderoso gobierno de Washington, a conceder a la isla no solamente una autonomía similar a la del Canadá, sino hasta la plena independencia.»



tarde que Prim habría concedido la independencia de Cuba de no haber sido por el apremio al que le sometió el Gobierno norteamericano.

Un factor secundario, pero también coadyuvante a la ruptura de las negociaciones, fue que cuando Sickles presentó la nota-ultimátum, el presidente del Gobierno, Prim, no estaba en España, ni tampoco el ministro de Estado, Manuel Sívola, que le acompañaba en París, lo que dio lugar a que el emotivo e incompetente ministro de Ultramar, Manuel Becerra, interinamente encargado de los asuntos exteriores, fuera la pieza clave de la desafortunada reacción española. Se trata de la primera de las ausencias de Prim de Madrid con importantes consecuencias históricas. La segunda, en junio de 1870, tendría secuelas aún más trascendentales para la historia de Europa. Pero esta es otra cuestión.

Nuevas negociaciones en 1870.

El fracaso de las negociaciones hispano-norteamericanas de 1869 supuso, para el entonces presidente del Gobierno, una gran contrariedad. Prim, empero, era inasequible al desaliento en las cuestiones de gobierno que considera prioritarias. Y Cuba ciertamente estaba entre ellas.

La potencia mediadora ya no puede ser los Estados Unidos. Será Inglaterra, la gran potencia marítima la que ahora elige. En el mes de agosto el nuevo ministro de Ultramar, Moret —afortunadamente Becerra ha sido ya relevado— se dirige con tal fin al representante del gobierno inglés en España. Se trata, en esta primera propuesta, de conceder a Cuba una autonomía similar a la del Canadá. El gran revuelo político producido en Madrid por la filtración parcial de las negociaciones del año anterior, explica este punto de arranque más moderado o, más exactamente, menos radical, en la cuestión cubana.

Esta mediación inglesa no llegó, sin embargo, a buen puerto por razones aún no esclarecidas. Pero para el tenaz presidente del Consejo de Ministros esta nueva contrariedad no le hace desistir de su firme resolución de continuar abordando, frontalmente, el problema cubano. En los últimos meses de 1870 multiplica Prim las gestiones con los dirigentes de la insurrección, ya sin intervención mediadora de ningún país, tan sólo con intermediarios que son de recibo por ambas partes, como ocurre con las misiones encomendadas a Azcárate y a Jorro. La oferta española es ahora, nuevamente, la concesión de la plena independencia.

«Las conversaciones siguen, e incluso los puntos de vista empiezan a aproximarse. Sin embargo, a principios de septiembre el representante norteamericano presenta en Madrid una nota que equivale a un ultimátum para el mantenimiento de la mediación de Washington. El gobierno de Madrid reacciona con más emotividad que reflexión. A fines de dicho mes las negociaciones con los Estados Unidos han



En los primeros meses de 1871 se llegaron a firmar, entre Jorro y los comisionados de los insurrectos, unas bases para el arreglo definitivo del contencioso hispano-cubano. Pero este arreglo no tenía ya ninguna validez. Desde fines de 1870, con la violenta muerte del entonces presidente del Gobierno, habían perdido toda eficacia las confidenciales plenipotencias que había concedido. Y, lo que es más grave, había desaparecido el único gobernante que en aquella coyuntura histórica tenía la visión, y la energía, necesarias para solucionar el *pavoroso* problema cubano.

Reflexiones finales.

La primera conclusión que se impone de lo expuesto es el reconocimiento de que Prim había visto con toda lucidez la extraordinaria gravedad del problema cubano. Tanto en su dimensión interna, como consecuencia de la natural maduración de una colonia hacia su autogobierno, como en la exterior, corolario de la inevitable confrontación que habría de surgir con un país, como los Estados Unidos, que consideraban la Gran Antilla dentro de su directa área de influencia. Y como en ambas dimensiones resultaba España perdedora, en especial en la internacional en la que, con certera visión, había previsto que nos quedaríamos solos ante el coloso norteamericano, Prim aborda con gran valentía política y con admirable constancia la solución de tan grave problema.

Prim aborda el problema con admirable visión, acabo de decir. Permítaseme recordar, como elocuente y apenas conocida demostración, el largo escrito que dirige en septiembre de 1869 al capitán general de Cuba, para concienciarle de que es preciso conceder la independencia de la isla. Un largo escrito en el que Prim le manifiesta inequívocamente al Caballero de Rodas la conveniencia de "concluir el predominio colonial de España de una manera tranquila y provechosa en vez de terminar en un desastre". Deseo insistir: en vez de terminar en un desastre. Lo decía un clarividente presidente del Gobierno español tres decenios antes de Santiago de Cuba y de Cavite.

Prim, lo hemos visto, no ceja en su empeño de ir hasta el final del problema cubano. Pero la solución no llega ni en 1869 ni en 1870. ¿Cuáles son las causas del fracaso? ¿Dónde han de buscarse las responsabilidades de que se malogre esta gran oportunidad?.

No soy de los españoles que ante tantas páginas de nuestra historia llenas de malogramientos, tratan de enajenar las responsabilidades de nuestros gobernantes buscando culpables en otros países, o alegando la imposibilidad de obrar de otra forma. Nunca lo he hecho, y en los

«En los últimos meses de 1870 multiplica Prim las gestiones con los dirigentes de la insurrección, ya sin intervención mediadora de ningún país, tan sólo con intermediarios que son de recibo por ambas partes, como ocurre con las misiones encomendadas a Azcárate y a Jorro. La oferta española es ahora, nuevamente, la concesión de la plena



próximos artículos sobre los orígenes del *desastre* habrá ocasión de mostrarlo una vez más. Pero tampoco pertenezco a ese género de autores —cabalmente en España no son pocos— que están dispuestos a aceptar, por una mezcla de desidia y falso progresismo, las tesis que nuestros adversarios de antaño han lanzado a la historiografía para, con frecuencia, limpiar su mala conciencia en el felpudo de nuestra maltrecha historia. Mi compromiso, a la hora de buscar las responsabilidades históricas de un fracaso, es sólo con la verdad, a la que trato de aproximarme. Y en ese camino he llegado a la conclusión de que el temprano y decepcionante final de las negociaciones hispano-norteamericanas de 1869 en torno a Cuba, tiene como principal responsable al apasionado y corrompido secretario de Guerra Rawlins, aunque la responsabilidad final corresponda a su presidente, e íntimo amigo, Grant, el vencedor de la Guerra Civil. En cuanto al fracaso de las gestiones que se hicieron con los insurrectos cubanos en 1870, es obvio que fue debido al inesperado y alevoso asesinato del Presidente del Gobierno Español, Prim. Un asesinato cuyo gran inductor, cuyo principal responsable es, como he demostrado en otro lugar, el duque de Montpensier, el último hijo del rey de Francia.

Uno y otro, un norteamericano, Grant, y un francés o franco-español, Montpensier, ocupan por derecho propio un no insignificante lugar en la nómina de nefastos personajes históricos que hicieron finalmente posible ese desgraciadísimo *noventa y ocho* del que pronto se cumplirá el centenario.

«Un largo escrito en el que Prim le manifiesta inequívocamente al Caballero de Rodas la conveniencia de "concluir el predominio colonial de España de una manera tranquila y provechosa en vez de terminar en un desastre". Deseo insistir: en vez de terminar en un desastre. Lo decía un clarividente presidente del Gobierno español tres decenios antes de Santiago de Cuba y de Cavite.»

